

José Carlos Chiaramonte · Carlos Marichal  
Aimer Granados (compiladores)

# CREAR LA NACIÓN

LOS NOMBRES DE LOS PAÍSES DE  
**AMÉRICA LATINA**



*Editorial Sudamericana*

## CREAR LA NACIÓN

*Los nombres de los países de América Latina*

Colección: HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA

Director: José Carlos Chiaramonte

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE  
CARLOS MARICHAL  
AIMER GRANADOS  
(compiladores)

## CREAR LA NACIÓN

*Los nombres de los países de América Latina*

*Biblioteca Daniel Costo Villegas*  
EL COLEGIO DE MEXICO. A.C.

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

Marichal Salinas, Carlos

Crear la nación / Carlos Marichal Salinas y Aimer Granados García. - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2008.

384 p. ; 23x15 cm. - (Historia argentina y americana)

ISBN 978-950-07-2937-6

1. Ensayo Político. I. Granados García, Aimer II. Título CDD 320

999524290302716

*Introducción: Orígenes históricos de las  
identidades políticas y nacionales*

El debate sobre la formación de los Estados latinoamericanos ha sido transformado en tiempos recientes por la incorporación de hipótesis y herramientas metodológicas que han permitido una relectura de fuentes con considerable riqueza de perspectivas analíticas. Estos enfoques han permitido reinterpretar tanto la crisis generalizada que sufrieron los imperios español y portugués a principios del siglo XIX, como la emergencia de nuevos Estados a partir de las guerras de independencia. En este sentido, uno de los problemas fundamentales sobre el cual se ha abierto una importante discusión es el contrapunto entre la cultura política colonial y las innovaciones políticas surgidas en el contexto iberoamericano. Esta disyuntiva abarca un abanico de temas que han despertado el interés de los investigadores, entre ellos las rupturas y continuidades que implicaron las revoluciones de independencia hispánicas, la difusión de las innovaciones a través de la imprenta, de la lectura de nuevas obras y periódicos, y de las sociedades patrióticas, la formación de una cultura y una ciudadanía política, la difusión de los procesos electorales y la construcción de identidades nacionales.

320.12098  
C9122

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.*

© 2008, Editorial Sudamericana S.A.®  
Humberto I 531, Buenos Aires.

www.sudamericanalibros.com.ar

ISBN 978-950-07-2937-6

1573 0106109

Plantearse una historia de *los nombres de los países* que actualmente forman el continente latinoamericano, nos parece que complementa notablemente el entendimiento del proceso de construcción de los nuevos Estados, especialmente en ámbitos tan importantes como la adopción de un determinado régimen político, delimitación de fronteras, construcción de identidades nacionales y creación del mito de la nación. Cabe señalar que estos temas han sido ya analizados desde diversas perspectivas metodológicas, pero la novedad del estudio colectivo que aquí se presenta radica en que son investigados desde el prisma de la historia de los nombres de los países.

Por otra parte, resulta ineludible recordar que se acerca la fecha de la conmemoración del bicentenario de las revoluciones hispanoamericanas. En toda América y aun en Europa se gestan ya numerosas iniciativas académicas, como la que dio origen a este libro. Un libro que explora la historia de la adopción de los nombres de estas naciones y de las identidades nacionales de una manera que pretende ofrecer más preguntas que respuestas, precisamente con el objeto de estimular posteriores debates e investigaciones.

El estudio de los orígenes coloniales o republicanos de los nombres de las naciones latinoamericanas ha sido materia de algunos trabajos aislados, pero rara vez se han analizado colectivamente, permitiendo establecer comparaciones y también contrastes. Esas denominaciones, tras la independencia, se adoptaron en función de dos procesos o fenómenos complementarios: la lenta construcción política y administrativa de los nuevos Estados y los complejos procesos de formación de identidades nacionales en los distintos países de la región. Como se sabe, en muchos casos la adopción de uno u otro nombre para un determinado país fue cambiando de acuerdo a las circunstancias del lento proceso de consolidación estatal-nacional. En el proceso de *nombrar a las nuevas naciones*, en muchos casos aparecieron diferentes alternativas que obedecieron a distintas circunstancias, entre las cuales cabe mencionar, especialmente, la naturaleza del régimen político adoptado.

La elección de un nombre para cada uno de los Estados nacionales desprendidos de la Corona española y portuguesa dependió de la forma de gobierno que adoptara cada uno de

ellos, de la delimitación de sus fronteras y de las formas de identidad política adquiridas. En relación con la forma de gobierno, recordemos que en los diversos casos nacionales estudiados, las disputas entre federalistas y centralistas o entre monárquicos y republicanos no resolvieron de la misma forma la arquitectura de los Estados, aun cuando tendió a predominar una tendencia hacia la centralización política. En cuanto a la delimitación de fronteras, aunque muchas de las divisiones administrativas coloniales —virreinos, capitanías generales o audiencias— sirvieron de base para la posterior conformación territorial de las repúblicas, en algunos casos esto no se verifica. Un ejemplo de esta situación lo proporciona la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuya conformación reproducía sólo parcialmente la del Virreinato, y de las cuales prontamente se segregaron las repúblicas independientes de la Argentina, Paraguay y Uruguay; o el caso del surgimiento en 1823 de la breve República Federal de Centro América, que luego dio paso a la formación de los Estados nacionales de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala.

Vinculado con la forma de gobierno adoptada y la delimitación territorial, se destaca el problema de las formas de identidad política que fueron forjando los pobladores de cada una de los nuevos Estados. De hecho, el presente libro tiene su génesis en la reflexión de José Carlos Chiaramonte sobre el tema, que dio pie a varios cursos sobre la temática dictados por Carlos Marichal en El Colegio de México, en los cuales participaron un buen número de los colaboradores de este libro. A su vez, y posteriormente, la decisión de Aimer Granados de impulsar un coloquio general fue decisiva en lograr plasmar el conjunto de reflexiones de manera colectiva. El resultado de este esfuerzo múltiple, como el lector tendrá oportunidad de observar, es un libro que ofrece un panorama, lo más comprensivo que ha sido posible, de la génesis y trayectoria de los nombres de una buena parte de las naciones de Latinoamérica que obtuvieron su independencia en el siglo XIX y en el que cada autor ha adoptado su propio camino y método de aproximación a las preguntas comunes planteadas.

En algunos casos, la atención se centra en los orígenes coloniales de los diversos nombres heredados o inventados

para designar a los territorios y regímenes coloniales. En su ensayo sobre Brasil, por ejemplo, José Murilo de Carvalho se interroga acerca de la relación entre mito y país, utopía y realidad, progreso y devastación, esperanza y frustración. Es más, hace hincapié en la persistencia de estos contrapuntos fundamentales desde principios del siglo XVI hasta nuestros días. Una óptica diferente es la que adopta Rafael Sagredo en su interpretación de los orígenes de la nacionalidad chilena, al argumentar que la singular y difícil geografía de su país contribuyó desde fechas muy tempranas a forjar una sociedad consciente de su marginalidad y caracterizada por "la dureza de una existencia cotidiana marcada por la constante guerra contra los araucanos y las periódicas catástrofes naturales que lo sacudían, para no referir la endémica pobreza que la transformó en la colonia más pobre del imperio español".

De acuerdo con los estudios de Chiaramonte, los orígenes de la Argentina se vinculan con la emergencia de las ciudades como soberanías independientes, convertidas luego en cabeceras de Estados provinciales también con pretensiones soberanas, al tiempo que se produjeron repetidos e infructuosos esfuerzos por lograr la organización de un Estado nacional. No cabe duda de que en su origen, "provincias unidas" reflejaba la calidad confederal de la forma de unión entre pueblos soberanos. Ello daría pie a debates políticos a lo largo de decenios sobre la legitimidad de las denominaciones Provincias Unidas del Río de la Plata y Confederación Argentina, antes de concluir por aceptarse el uso de República Argentina, al mismo tiempo que, constitucionalmente, aún son legítimas las tres denominaciones.

El estudio de los orígenes de la denominación de la República Oriental del Uruguay no es menos compleja, como lo revela el ensayo de Ana Frega que comienza por repasar la compleja geometría de alianzas y oposiciones que signó al proceso de edificación del Estado en los decenios que siguieron a la independencia, con énfasis en las distintas denominaciones iniciales de los ciudadanos del Estado/República Oriental del Uruguay, y en la opción de "orientales" o "uruguayos" que enfrentaron a políticos e historiadores. Igualmente interesante fue la experiencia de la colonial Provincia del Paraguay, que comenzó a ser

sustituido desde el decenio de 1840 de manera sistemática, por el de República del Paraguay, moldeado por las relaciones con los países vecinos, como señala Pablo Buchbinder.

Distinto es el enfoque adoptado por Esther Aillón al estudiar las raíces históricas del nombre de Bolivia y del gentilicio boliviano. Aillón nos explica la complejidad de las identidades coloniales en la Audiencia de Charcas antes y después de su incorporación al virreinato del Río de la Plata, en un proceso profundamente contradictorio y conflictivo, en el que las diferentes etnias de Bolivia siempre han tenido un papel fundamental, si bien frecuentemente soterrado o reprimido. Un debate que en la actual Bolivia está claramente a la orden del día. En cambio, en el caso del Perú, observa Jesús Cosamalón, el indígena no se integró como símbolo a la lucha anticolonial ni a las nuevas tradiciones políticas, al menos durante la lucha de independencia, aunque una vez lograda ésta, el pasado prehispánico apareció como fuente de legitimidad del nuevo régimen político para la elite criolla. En un doble contexto de entramado étnico-social y de disputas políticas de las elites sobre los rumbos de la independencia, Cosamalón insiste en que el nombre Perú no fue causa de mayores conflictos por su carácter neutro pero que, en cambio, facilitó cierta continuidad entre los tiempos coloniales del virreinato y la república.

Al estudiar el nombre Ecuador, Ana Buriano analiza el imaginario de un sector ilustrado construido en torno de la existencia de un "mítico reino de Quito", tradición que, en los tiempos de la independencia, disputó a otra, también ilustrada y científica, afecta al nombre de Ecuador. En este contexto, la autora estudia los cambios de sentido del nombre Ecuador, que tuvo que abrirse paso entre las disputas regionales heredadas del antiguo reino de Quito, pero además, entre los fuertes autonomismos de la república de la Gran Colombia.

Uno de los puntos centrales en la perspectiva de Aimer Granados al estudiar el nombre Colombia es "la definición de un imaginario político-estatal y territorial que a la vuelta de un siglo trasegó de lo local a lo nacional". Si bien en buena parte de este proceso la denominación colonial Nueva Granada estuvo fuertemente presente en el imaginario político de la elite criolla, Granados pone énfasis en la constitución de

un espacio cultural asociado con el afán de la nueva clase política por entronizar en la población un nombre, Colombia, que, por cierto, desde fines del siglo XVIII ya se había utilizado para designar al continente americano.

República de Venezuela o República Bolivariana de Venezuela, nombres que han ido y venido en la más reciente coyuntura política del país, dan la pauta a Dora Dávila para adentrarse en el análisis del nombre Venezuela. Uno de sus planteamientos centrales es que detrás del acto de nombrar a la nación se encuentra una lucha ideológica y por el poder mismo. Para Dávila, "la toponimia hispana colonizó los espacios en el llamado proceso de conquista y, en su primera aparición cartográfica, Venezuela aparece como un espacio reconocido ya potencialmente colonizado". En el nombrar entonces, hay un acto de poder y de conquista, de manera que "el nacimiento de una nacionalidad" estaba contenido en estas primeras cartografías, así como en "la demarcación de su territorio como parte de una identidad".

A diferencia del resto de los demás ensayos que conforman este libro, el estudio de Margarita Silva se centra en el análisis de una denominación supranacional, el nombre Centroamérica. Aquí la perspectiva alude a la formación de una región integrada por varios Estados-nacionales. El interés de Silva es el de ubicar tres momentos históricos: conquista, siglo XIX y siglo XX, a través de los cuales la región fue ganando en autonomía y por momentos en unidad. Desde la conquista española, lo que hoy conocemos como Centroamérica cobró cierta identidad como territorio en función de su posición ístmica, de región que horizontalmente permitiría eventualmente la conexión interoceánica y, verticalmente comunicaría a la América septentrional con la meridional. Desde 1570 la región se integró a la administración colonial como la Audiencia de Guatemala, pero el nombre de Centroamérica sólo aparece en 1823-1824 para bautizar un dilatado territorio. Con el nombre de República Federal de Centroamérica se asociaron los actuales Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, pero la Federación Centroamericana colapsó en 1838, dando lugar a la creación de Estados nacionales. No obstante, el proyecto "unionista" permanecería en la conciencia de intelectuales y

líderes de la región, reapareciendo en distintos momentos del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX, pese a las dificultades en promover un proceso de integración de la región.

En el caso de México, es sabido que el nombre se refería durante la época colonial a la ciudad capital del virreinato de la Nueva España, mientras que el gentilicio mexicano se utilizaba preferentemente para designar a la población de origen indígena, en particular aquellos que hablaban náhuatl. Sin embargo, como nos señala Dorothy Tanck, hacia mediados del siglo XVIII un importante número de letrados ilustrados comenzaron a publicar obras en las que intentaban extender su aplicación también a la población criolla. Que eso fuera el origen de una conciencia nacional es cuestionado por Alfredo Ávila, quien destaca que puede resultar un grave error de perspectiva el pensar al virreinato como un estado nación. Señala Ávila: "Nueva España no era una entidad territorial con fronteras precisas" sino un "conjunto de regiones bajo las diferentes jurisdicciones del virrey de México". Inclusive durante las guerras de independencia (1810-1820) se utilizaron diferentes nombres para identificar al movimiento de los insurgentes, "generalmente denominados americanos", por lo que no puede afirmarse que se produjese rápidamente la adopción del gentilicio mexicano ni del nombre de México como título del nuevo Estado. Esto tuvo lugar recién en las décadas siguientes del siglo XIX.

En el caso de las islas de la región del Caribe que se convertirían en Estados independientes, se incluyen ensayos en este volumen sobre Haití, República Dominicana y Cuba, con un último estudio sobre el caso muy particular de Puerto Rico. De hecho, como es bien sabido, Haití fue el primer país de América Latina en lograr su independencia, cuya estrecha relación con el fenómeno conjunto de la lucha contra el dominio colonial francés y en contra del régimen esclavista es expuesta por Guy Pierre. El autor argumenta que al adoptar el nuevo nombre de su nación, "los hombres de 1804 enriquecieron la noción de libertad que la revolución francesa de 1789 elaboró, lo cual ofrece un marco de referencia histórica más amplio que el habitual para el análisis del concepto teórico de 'soberanía nacional' en los países periféricos".

La historia de la parte oriental de la misma isla, conocida desde la época colonial primero como La Española y luego como Santo Domingo, estuvo forzosamente sujeta a una serie de tensiones duraderas. Las más importantes estaban determinadas —expone el ensayo de Pedro San Miguel— por esfuerzos tenaces por delimitar el espacio nacional y elaborar una identidad que sirvieran como barreras a las amenazas externas. La ocupación haitiana de Santo Domingo entre 1822 y 1844 dejaría una pesada impronta hasta la proclamación de la independencia en ese último año.

La complejidad histórica de los intentos de analizar las identidades de los habitantes de otras islas españolas en el Caribe se hace palpable en el ensayo de Rafael Rojas sobre Cuba, que efectúa un análisis original y sugerente del concepto de *patria* antes de la existencia del Estado nacional cubano. En el ensayo se exploran los orígenes de los conceptos de *nación* y *nacionalidad* en la isla a partir de un amplio recorrido de escritores clásicos y de la historiografía cubana de la época colonial y los primeros decenios del siglo XX.

Igualmente complejo y contradictorio que el caso cubano es el análisis del nombre de una nación que no ha llegado a alcanzar la independencia: Puerto Rico. Para Laura Nater y Mabel Rodríguez no existen dudas de una identidad puertorriqueña, históricamente persistente. Sin embargo, su sentido ha variado sustancialmente, al menos en términos políticos, a lo largo del tiempo. Como en el caso de Cuba, la primera articulación sistemática de una identidad política puertorriqueña se produjo en la segunda mitad del siglo XIX, impulsada por las elites criollas que adoptaron posturas políticas autonomistas. Sin embargo el autonomismo implicaba la paradoja de una "reafirmación de una identidad puertorriqueña [...] acompañada de una historia de lealtad a España". Ello cambiaría a partir de 1898 y desde el establecimiento del Estado Libre Asociado en 1948, cuando la identidad social y cultural se reforzará, según las autoras, pese a las intensas "divergencias político-ideológicas sobre el destino final de la soberanía insular".

No podemos cerrar esta introducción sin hacer hincapié en el hecho de que los libros colectivos como el presente son, efectivamente, obra de muchos. En primer término, los editores

desean agradecer a todos los autores de los ensayos incluidos en este volumen por su entusiasta colaboración, la que se refleja en la multiplicidad de sugerentes y sintéticas interpretaciones de una problemática difícil de abordar por diversos motivos, entre ellos la urgente necesidad de revisar historiografías que demasiado frecuentemente se han forjado al son de tambores nacionalistas en vez de construirse a la luz de un espíritu crítico y plural. Sus colaboraciones, sin duda, abren nuevas ventanas para repensar la ya larga trayectoria de los diferentes países de la región latinoamericana.

Tampoco podemos dejar de agradecer muy especialmente a tres instituciones mexicanas que colaboraron generosamente en la organización y financiamiento del coloquio que dio pie al presente volumen. Nos referimos a la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, a El Colegio de México y a la Secretaría de Relaciones Exteriores. En este sentido fueron valiosos los apoyos de Guillermo Palacios, director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; de Mercedes de Vega, directora del Acervo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores; de Arturo Anguiano, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, y de Andrés Morales, jefe del Departamento de Política y Cultura, ambas instancias de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, y de José Lema, rector general de esta institución. Por otra parte, durante el coloquio se contó con una aportación esencial que fueron los comentarios de destacados especialistas que contribuyeron a repensar y mejorar las contribuciones de cada autor. Extendemos por ello nuestro caluroso agradecimiento a los profesores Horacio Crespo, Francisco Zapata, Enrique Ayala Mora, Marco Palacios, Héctor Pérez Brignoli, Laura Muñoz, Johanna von Graffenstein y Tomás Pérez Vejo.

Asimismo, queremos agradecer la amabilidad, el interés y la prontitud de la Editorial Sudamericana en aceptar el encargo de publicar los presentes trabajos en forma de libro.



## Índice

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal  
y Aimer Granados.

- Introducción: Orígenes históricos de las  
identidades políticas nacionales* ..... 7
1. José Murilo de Carvalho,  
"Brasil, Brazil: sueños y frustraciones" ..... 17
  2. Rafael Sagredo Baeza, "Chile: de *finis terrae* imperial  
a 'copia feliz del edén' autoritario" ..... 41
  3. José Carlos Chiaramonte, "Del Río de la Plata  
a la Argentina" ..... 69
  4. Ana Frega, "Uruguayos y orientales: itinerario  
de una síntesis compleja" ..... 95
  5. Pablo Buchbinder, "De provincia a República:  
controversias sobre el nombre del Paraguay" ..... 113
  6. Esther Aillón Soria, "De Charcas/Alto Perú  
a la República de Bolívar/Bolivia.  
Trayectorias de la identidad boliviana" ..... 129
  7. Jesús A. Cosamalón Aguilar,  
"El nombre del Perú. Identidad y cambio  
en los primeros años de la República" ..... 155

8. Ana Buriano, "Ecuador, latitud cero. Una mirada al proceso de construcción de la nación" .....	173
9. Aimer Granados, "Inventar una tradición: Colombia. La difícil arquitectura de la nación durante la posindependencia" .....	193
10. Dora Dávila Mendoza, "De 'pequeña Venecia' a República Bolivariana de Venezuela. Historia, ideología y poder o el nombre bajo sospecha" .....	213
11. Margarita Silva Hernández, "El nombre de Centroamérica y la invención de la identidad regional" .....	239
12. Dorothy Tanck de Estrada, "En búsqueda de México y los mexicanos en el siglo XVIII" .....	257
13. Alfredo Ávila, "México: un viejo nombre para una nueva nación" .....	271
14. Guy Pierre, "En torno del nombre de una nación: Haití" .....	285
15. Pedro L. San Miguel, "La importancia de llamarse República Dominicana" .....	303
16. Rafael Rojas, "Motivos de Anteo. Tierra y sangre en el patriotismo cubano" .....	321
17. Laura Náter y Mabel Rodríguez Centeno, "Artificios nominales de la Nación sin Estado (o el caso de Puerto Rico)" .....	347
<i>Sobre los autores</i> .....	367